

Génesis 6

Verso 3

¡La justicia de
Dios!



Continuando con el versículo 3 de Génesis 6, leemos:

“No contendrá mi Ruaj con el Adam para siempre, porque ciertamente él es carne; y serán sus días ciento veinte años.”

El ser humano, por sí mismo, no es bueno. Esto queda confirmado en el versículo 12 del mismo capítulo, donde se declara:

“Dios observó toda la corrupción que había en la tierra, porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra.”

¿El texto dice “algunos” o “unos sí y otros no”? No. Dice todos. La humanidad se apartó del diseño original y se acostumbró a vivir sin Dios. De la misma manera, así estaba también nuestra vida: acostumbrada a la carne, a un vivir independiente de Él. Y si no fuera el Señor quien viene a limpiarnos, a destruir lo viejo y a hacernos polvo para restaurarnos como vasijas nuevas, todo habría continuado igual.

Esto nos permite entender que cuando el hombre persiste en vivir desde la carne, llega un punto en el que Dios se aparta; su Espíritu ya no lo sostiene. **No porque Dios deje de ser fiel** o deje de amar, sino porque el ser humano decide salirse del cerco, del límite que Dios estableció para su bien.

Gracias a la obra redentora del Rey cuando dijo **“consumado es”**, lo hizo para este tiempo, porque antes de que el viniera seguía propagandose la maldad que solo El puede erradicar.

La expresión “para siempre”, que en otras traducciones aparece como “por mucho tiempo”, nos enseña que este proceso no ocurre de manera inmediata. El Señor es misericordioso y paciente; nos sostiene y nos lleva por procesos con el fin de que comprendamos, **seamos corregidos y lleguemos a un arrepentimiento genuino**. Sin embargo, cuando se persiste en el pecado, cuando el mal se normaliza y se justifica, llega un momento en que Dios le da alergia el pecado y no lo tolera mas.

Éxodo 34:6–7: “Tardo para la ira... pero de ningún modo tendrá por inocente al culpable.”

El Salmo 81:11–12 lo expresa así: “Pero mi pueblo no oyó mi voz, e Israel no me quiso a mí. Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos.”

Más adelante, el texto dice: “y serán sus días ciento veinte años.” Este período puede entenderse como el tiempo de espera que Dios otorgó a la humanidad antes del juicio. El apóstol Pedro lo confirma cuando dice que “la paciencia de Dios esperaba, mientras Noé construía el arca” (**1 Pedro 3:20**)

Proféticamente, muchos han visto en esos 120 un patrón de misericordia, que puede relacionarse con los jubileos, tiempos de liberación y restauración, apuntando a un gran período de gracia antes del cumplimiento final del plan de Dios. Este tiempo establece un patrón espiritual: Dios llama, corrige y advierte, pero ese tiempo no es eterno. **El Señor habla**, y el Espíritu Santo convence de pecado y hay oportunidad de arrepentimiento; sin embargo, ese tiempo no es infinito. Por eso Isaías 55:6 exhorta:

“Buscad al Señor mientras puede ser hallado; llamadle en tanto que está cercano.” Hebreos 3:15 refuerza esta verdad: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.”*

No es Dios quien se vuelve inaccesible; es el corazón humano el que se endurece y se acostumbra a vivir sin Él. Esto lo explica claramente **Efesios 4:18–19:**

“Tienen el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios, por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón hacia El. Han perdido la vergüenza. Viven para los placeres sensuales y practican con gusto toda clase de impureza”.

Esto es un asunto sumamente delicado. Consideremos con atención lo que nos enseñan **Romanos 1:21–22 y 28**.

Romanos 1:21–22:

“Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; antes se desvanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios.”(JBS)

Y más adelante, Romanos 1:28 dice:

“Y como ellos no aprobaron tener a Dios en conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen.”(JBS)

El corazón no se endurece de un día para otro. Se endurece cuando aprende a vivir sin el Padre y comienza a acomodarse al pecado. Es un proceso progresivo: **Dios sigue llamando**, pero el oído ya no escucha; la conciencia se adormece y el pecado se normaliza.

Esto mismo ocurrió antes del diluvio. Jesús lo describe diciendo: “como en los días de Noé... **"comían, bebían, se casaban"**. Es decir, llevaban una vida aparentemente normal, rutinaria, estable. Vivían como si Dios no fuera urgente, como si su llamado pudiera postergarse indefinidamente.

Se acostumbraron a una vida sin Dios, sin temor, sin conciencia.